

© Mariet Meester (2000)

## PAISAJE CON ANIMALES

Traducción: Ana M<sup>a</sup> Crespo Solans

Los problemas entre Alexandra y yo surgieron cuando, estando los cuatro sentados a la mesa de la cocina, evocábamos recuerdos de Varsovia. Víctor y Daina no habían venido ese día a la excursión al lugar de nacimiento de Chopin: se habían quedado cada uno en su habitación del hotel, exhaustos tras los más de 6.000 kilómetros que llevábamos ya recorridos. Es por eso que Alexandra y yo intentábamos contarles de la forma más poética posible cómo era el parque en el que se encontraba la casa de Chopin y cómo sonaba la música que una pianista había tocado especialmente para nosotros, escritores de toda Europa.

«Sentados al aire libre en bancos de madera con el sol a la espalda, bañados en una cálida brisa, llegaban hasta nosotros por las ventanas y la puerta de la casa de Chopin, las notas juguetonas del piano». Al menos, así es cómo lo expresó Alexandra, porque yo preferiría no haber utilizado esos tópicos. Habíamos escuchado todos con los ojos cerrados y cuando volvíamos a la entrada del parque, donde nos esperaba el autobús, el mundo seguía pareciendo un paraíso.

—Hasta que, cerca de la verja de acceso, vi un gato bajo los arbustos —les dije a Víctor y Daina, que escuchaban con los codos apoyados en la mesa bebiendo vino tinto—. Me puse de rodillas para poder observar mejor al animal. Era moteado y estaba despedazando a un pequeño carbonero con los dientes. «¡Joder!» pensé «¿Por qué tiene que ser precisamente ahora?» No quería verme confrontada todavía con la crueldad, no quería enterarme todavía de que todo lo que vive lo hace a costa de otro. También el ser humano actúa así: cada vez que eliges, de hecho perjudicas a otra persona. Todos estamos permanentemente envueltos en nuestras pequeñas guerras.

—Bah, ¡qué tontería! —dijo Alexandra cortante, como si le exasperase enormemente que hubiera concluido así nuestro relato de esa tarde etérea—. ¡Guerras! ¡Qué sabrás tú de eso! Tú, con tu vida acomodada en Holanda... ¡Si fuéramos nosotros tres los que dijéramos algo así!

—Sabes perfectamente que he pasado por muchas cosas: he vivido diez años en caravanas, sin agua corriente, en el barro, con poco dinero, amenazada por el moho y la ruina, luchando contra mi propia decadencia.

—¡No me hagas reír! Todo lo que has pasado no ha sido más que un juego: lo elegiste tú misma. Si hubieras querido, habrías podido llevar una vida cómoda, mientras que mi destino como rumana de 1954 ha estado marcado en gran parte por la historia, como el de Daina en Estonia. ¡Y qué te voy a contar de Víctor! ¡Un kosovar refugiado en Austria, encima en Austria!...

—Escucha, creo... —Víctor intentó interrumpir la verborrea imparable de Alexandra—. Creo que...

Siempre le costaba mucho, podía entender el inglés pero lo hablaba mal. Cuando estaba solo con Alexandra hablaban en francés, igual que conmigo, pero si estaba Daina, intentábamos hablar los cuatro en inglés: no queríamos dejarla fuera. Desde nuestro babilónico viaje en tren, me apetecía tener un único idioma base europeo, inglés a ser posible, pero nunca me había atrevido a decírselo a nadie en el tren, excepto a mi colega holandés, que resultó opinar lo mismo. De los demás, la mayoría era mucho más chovinista que nosotros. Algunos días después de que Daina, Víctor, Alexandra y yo

llegáramos a Villa le Mont-Noir, me había dado cuenta de que como holandesa, debía tener mucho cuidado con lo que decía. Le había preguntado a Alexandra con toda naturalidad si era lesbiana. No le gustó nada la pregunta, por decirlo finamente. Ahora que escribo esto, después de que nuestra estancia en le Mont-Noir acabara tan brusca y dramáticamente, me doy cuenta de que los problemas no empezaron ni mucho menos cuando me puse a hablar del gato y el pájaro, sino ya en ese momento, cuando le hice esa pregunta.

Alexandra seguía con su perorata. Nadie escuchaba realmente.

—Alexandra, calla, calla un momento. Creo...Creo que Mariet tiene algo de razón. En todas partes, en cualquier sitio y en cualquier momento, está presente el germen de la guerra. ¿Te acuerdas de lo que dijo José Saramago durante su discurso al principio de nuestro viaje en Lisboa? Que como participantes no sólo representábamos 43 países sino que, como personas, formábamos más de cien territorios. Esperaba que tras seis semanas siguiéramos conviviendo en paz. No es ninguna tontería: el territorialismo de los individuos apenas difiere esencialmente del territorialismo de los países.

—¡Vino! —dijo Alexandra furiosa—. ¡Sírvenme más vino!.

Víctor le llenó el vaso y además, solícito, le puso un trozo de conejo, que se había quedado frío, en el plato. Casi todas las tardes comíamos, bebíamos y charlábamos juntos en la cocina de la mansión. Una señora mayor francesa cocinaba para nosotros. Por el día trabajábamos en silencio escribiendo nuevos relatos y poemas, aunque debo admitir que también pasaba mucho tiempo paseando y montando en bicicleta por los alrededores. El día anterior había estado observando un erizo atropellado. Se le habían salido las tripas por el ano y parecían dos serpientes multicolores.

Durante el largo viaje en tren por Europa, hacía ya casi un año, habíamos visitado esta residencia para escritores en la antigua finca de la familia de Marguerite Yourcenar, en el extremo norte de Francia. Diez entusiastas habíamos decidido apuntarnos y a mí me tocó estar con una rumana obstinada, una estonia tímida y un kosovar complicado que vivía desde hacía poco tiempo en Austria. Los dos últimos iniciaron enseguida una relación amorosa aunque durante el viaje en tren habían dormido con otra persona. El ser humano tiene una necesidad imperiosa de emparejarse y esa fue también una de las razones por las que le había preguntado a Alexandra, medio en serio medio en broma, si era quizás lesbiana. Al fin y al cabo éramos las dos únicas candidatas restantes. No me había parado a pensar que Rumanía es todavía uno de los pocos lugares de Europa en los que por tener una relación homosexual, puedes ir a para a la cárcel con el beneplácito de la abrumadora mayoría de los rumanos.

Daina, de baja estatura, teñida de rubio, aún en la veintena, había leído muchísimo. Se sabía los títulos de todos los libros en el idioma original y los pronunciaba con un acento estonio muy gracioso.

—¿Os acordáis del lema de Pico della Mirandola que Marguerite Yourcenar utilizó para *L'oeuvre au noir*? Tendría que buscar cómo es exactamente, pero viene a decir que el ser humano tiene la libertad de elegir entre el bien y el mal, entre la sabiduría y la locura, mientras que un animal es abandonado a su propia naturaleza, así que no puedes asociar a la ligera el comportamiento de un gato que juega con un pajarillo con el gran concepto “guerra”.

—Bah, el ser humano es poco más que un animal —dije algo más cínica de lo que habría hecho si no hubiera estado Alexandra—. Lo que denominamos “libre albedrío” es muy limitado, y eso resulta del todo evidente cuando el ser humano se ve

en situaciones extremas. Entonces es yo, yo, luego mi familia, luego durante un buen tiempo nada y después quizás otras personas. ¿Has leído a Schopenhauer? Escribió : «Aunque arranques de raíz la naturaleza con una horca, volverá a crecer» Sé positivamente que al decir “naturaleza” se refería también a la “naturaleza humana”.

—Jesús, Mariet —dijo Alexandra y escupió un huesecillo blanco—. ¡Qué comentario más trillado!

—No puedo más que comparar el comportamiento de los hombres en una guerra con el comportamiento de los animales carnívoros —contesté mordaz.

—¡Estás desvariando!

—No desvarío en absoluto. Sólo intento identificar y aceptar el derecho del más fuerte, la relación entre organismos. El ser humano ha sido hecho para matar, ese es mi planteamiento, así que ha sido hecho para la guerra. Si no estuviera predispuesto para la guerra, ni siquiera conseguiría sobrevivir.

Víctor, que no soportaba las peleas, quizás como consecuencia de los horrores que había vivido en Kosovo, cogió mi plato y me sirvió con un gesto cariñoso el último trozo de conejo asado. Después lo he lamentado, porque invalidaba así mis propias palabras, pero sentí náuseas de repente y le devolví el plato arrugando la nariz.

—¡Quédate tú ese cadáver! —dije—. Me da ganas de vomitar. A mí dame un conejo que vaya saltando libremente; los conejos por lo menos no asesinan a otros seres vivos: son ellos los que son abatidos de un tiro.

Víctor se sintió dolido y empezó a estirarse el bigote, que era algo más claro que la pelusa de la barba incipiente de color negro azulado de sus mejillas. Alexandra se subió hasta arriba de un tirón la cremallera de su inseparable chándal y Daina parecía estrujarse el cerebro para buscar alguna cita literaria apropiada. Nadie dijo nada. Pensé que los tres habían vivido desde que nacieron en una ciudad. No tenían ni idea de que la vida en la naturaleza te confronta con muchas más cosas que la vida en la ciudad. La naturaleza ofrece alimento y materias primas, pero es a la vez un pozo de enfermedades, violencia y muerte.

Daina había encontrado una cita.

—A Marguerite Yourcenar también le fascinaban los conejos. Es una pena que nunca llegara a escribir el libro *Paysage avec des animaux* sobre la relación entre las personas y los animales.

Me tranquilicé un poco. La pequeña estonia intentaba calmar los ánimos y se ponía de mi parte.

—En *Les yeux ouverts* —prosiguió—, una recopilación de entrevistas a Marguerite Yourcenar, cuenta que aquí, en esta finca, aprendió a amar a todo tipo de animales, a los conejos silvestres, entre otros, y en *L'oeuvre au noir* describe cómo Zeno deja en libertad un montón de conejos de una cesta, que iban a comerse.

—¡Ah sí! —exclamé— ¡qué bonito lo describe! A mí *L'oeuvre au noir* no me dijo mucho, me costaba imaginarme lo que describía, ¡pero ese pasaje! ¡Cómo habla de los conejos como animales asustadizos que sin embargo juegan con el peligro, que están desarmados exceptuando sus patas traseras!

Víctor me estudiaba con la mirada y empezó a balbucear una frase en inglés. Pensaba y esperaba que siguiera hablando del concepto “guerra” de forma más abstracta de lo que solía hacer, más en la línea de José Saramago, sin todos esos detalles sobre su marcha a pie a la frontera con Macedonia que tantas veces nos había descrito. Pero resultó querer decirme otra cosa.

—Jo Mariet, ¿sabes que eres igualita que un conejo? La forma de la cara, los pómulos, el pelo color jengibre, esos dientes tuyos. Si, sobre todo los dientes.

Estaba tan perpleja que fui incapaz de pronunciar palabra. Me llevé la mano izquierda a la boca y la mantuve ahí protegiéndome. Con la derecha agarré temblando el cuchillo para tener algo a lo que asirme. ¿Cómo podía Víctor, la persona por la que aquí en le Mont-Noir sentía más cariño, la que había pasado por tanto que tendría que haber desarrollado una cierta indulgencia, decir algo así? Herir a alguien señalándole su punto más débil, ¡Qué increíblemente rastrero! Además, mis dientes tampoco estaban tan mal, sólo sobresalían ligeramente.

Intenté contener las lágrimas pero no pude.

—¡Mírate tú! —conseguí exclamar mientras me enjugaba las lágrimas con la servilleta—. ¡Anda que no podría decir yo cosas de tus dientes o de otras muchas partes de tu cuerpo! Pero no pienso hacerlo, yo no soy así.

\*

Durante los días siguientes todos intentamos evitar el tema “conejos”, lo que no resultó nada fácil pues en cuanto estábamos trabajando en nuestras habitaciones, veíamos siempre unos cuantos saltando por las grandes pendientes cubiertas de césped en torno a la mansión, y sabíamos que los otros también lo veían. «Inquebrantablemente solos a pesar de su inagotable fertilidad»

Ahora montaba en bicicleta aún más que antes. En Amsterdam también salía a la calle al menos una hora al día, si no, no conseguía superar el cansancio que me producía escribir. A diario tenía que poder respirar libremente durante un momento, ver el verde de las plantas, poder observar a los animales que nadaban, andaban o volaban. Me bastaban incluso los perros con correa. Al mismo tiempo, sentía un profundo terror por la naturaleza, fruto de mi vida en la caravana. La fuerza de crecimiento de la naturaleza debe ser la mayor fuerza que existe. Como mi caravana estaba bastante tiempo en un mismo lugar, había intentado una vez tras otra cultivar hortalizas, lo que implicaba que estaba obligada a enfrentarme a las malas hierbas y a los bichos, que salían a mucha más velocidad que las plantas que yo misma había plantado. Con total dedicación, me volqué en mi tarea que no consistía en otra cosa que en favorecer lo uno en detrimento de lo otro. Al fin y al cabo, yo era el parásito más grande de todo lo que había favorecido, puesto que me lo comía. Había favorecido algo para poder matarlo, y así poder sobrevivir yo.

Pedalee colina arriba, bien inclinada hacia delante, intentando apartar estos pensamientos de la cabeza y ver la naturaleza como un decorado romántico, como hacían las personas normales. No había estado antes en este lugar, ¡qué ruta más bonita! ¡Todo lleno de árboles y arbustos! Apenas estaba habitado: se veía únicamente una casa blanca rodeada de un ancho canal cubierto de lentejas acuáticas. Me erguí en el sillín y vi hojas de nenúfar flotando entre las lentejas acuáticas, perfectas en la forma y en el brillo. Tenía que verlas mejor. Frené y me detuve, sentada en el sillín, poniendo un pie en tierra.

Entonces me fijé en el pequeño islote a la izquierda de la casa. También estaba rodeado por un canal lleno de lentejas acuáticas y nenúfares. Un pequeño puente de madera para peatones llevaba hasta allí. En la hierba de la isla había una casa de miniatura azul oscura con una abertura en arco a modo de puerta y, entre un erizo de mentira, una seta de plástico roja y blanca y un pato de piedra con un collar pintado de amarillo, se hallaban cuatro conejos domésticos enormes comiendo satisfechos de un recipiente plano que debían acabar de ponerles. Había dos blancos con unas orejas enormes que se veían rosadas por dentro en la parte donde había menos pelo. El tercer conejo era

marrón oscuro, casi negro y el pelo del último era de color jengibre, tal como lo había expresado Víctor. Tenía papada, un curioso bulto entre la cabeza y el pecho.

A la vista de este territorio de conejos, este lugar artificial con foso, volvieron a surgir en mi cabeza pensamientos que no deseaba tener. ¿Cómo se podría definir el concepto “beligerar”? Quizás algo tan simple como: apropiarse de un territorio matando a sus moradores o haciéndoles en cualquier caso la vida imposible, hasta que el número de víctimas es tan grande que la parte contraria capitula.

Sentí un brazo en la cintura y proferí un grito. Lo describiré con más detalle: me llegó un olor desagradable que me resultaba familiar pero que no identifiqué de inmediato; olisqueé un poco y una fracción de segundo más tarde, sentí un brazo en la cintura.

—¿Estás mirando a tus congéneres?

Era Alexandra. Instintivamente di un codazo y le golpee en el pecho derecho.

—¡No me toques!

— ¡Au! Gilipollas, me has hecho daño.

Soltó su bicicleta y la rueda me dio en la pantorrilla. Conseguí no caerme e intenté disimular que yo también me había hecho daño. Con una mano hice un ligero ademán de ayudarla a levantar su bicicleta, pero me apartó de un empujón con un gesto agresivo. Era la tela de su chándal lo que olía tan mal; probablemente lo había comprado en una oscura tiendecilla rumana después de buscar mucho, especialmente para le Mont-Noir. Me invadió un sentimiento de compasión, pero Alexandra no se dio cuenta. Estaba dando la vuelta a su bicicleta, se montó y se lanzó con frenesí cuesta abajo. Antes de seguirla en dirección a casa, vi cómo los dos conejos blancos habían empezado a lavarse, cómo el negro se rascaba el pecho con los incisivos y cómo el de color jengibre extendía de forma atlética la pata trasera hacia delante y se rascaba la oreja enérgicamente.

\*

Esa misma tarde, empezaba ya a anochecer, Daina iba sentada en el transportín francés —así que bastante desvencijado- de mi bicicleta, mientras que Víctor iba montado detrás con Alexandra. Llevaba una botella de champán abierta en la mano y de vez en cuando se inclinaba hacia un lado para darme de beber. Después yo les daba la botella a los otros dos, por lo que nos balanceábamos y tambaleábamos los cuatro continuamente. Más de una vez Víctor tuvo incluso que bajarse de un salto al suelo porque de lo contrario él y Alexandra se habrían caído. Muerto de risa me recordó lo que le había contestado hacía unos días cuando me había dicho que era igual que un conejo.

«¡Mírate tú primero!» le había espetado. «¡Anda que no podría decir yo cosas de tus dientes o de otras muchas partes de tu cuerpo! Pero no pienso hacerlo, yo no soy así»

Todos vociferábamos, retumbaban las risas por todo el camino. Mi comentario había sido al menos tan mordaz como el suyo.

—Yo no soy así —grité.

—Yo no soy así —chillaron Alexandra y Daina.

Víctor intentó convencerme para que le dijera qué otras partes de su cuerpo eran esas, pero no se me ocurrió nada.

Pasamos por delante de un cementerio de soldados: las cruces blancas contrastaban con el bosque oscuro de detrás. Daina amenazó con empezar con un texto de Céline, pero la hicimos callar.

—¿Ya estamos otra vez con tus citas? ¿Pero en qué acabamos de quedar en la cocina? ¡Vamos a pensar nosotros solitos!

Nos dirigíamos a la isla de los conejos. En cuanto llegamos a casa, sin aliento por el esfuerzo de la bicicleta, yo un poco antes porque estaba más entrenada, no habíamos podido contenernos y se lo habíamos contado a los otros dos, aunque estábamos muy enfadadas. A Víctor le pareció un chiste buenísimo que vivieran cuatro conejos en la isla que con un poco de imaginación pudieran compararse con nosotros cuatro. Por eso había abierto enseguida dos botellas de champán y nos había obligado a Alexandra y a mí a brindar. Después quiso ver a nuestros “congéneres” con sus propios ojos, dijo.

—¡Dame otra vez esa botella! —extendí el brazo y perdí el equilibrio. Daina me agarró por el cinturón del pantalón.

—La he tirado a los arbustos, estaba vacía. Pero tengo medio litro de aguardiente en el bolsillo para luego.

El último tramo, colina arriba, lo recorrimos a pie. Tenía la extraña sensación de que me pesaban las piernas. Daina tuvo que empujar nuestra bicicleta: yo casi no podía. Lo intentó, pero apenas conseguía moverla. Víctor la sustituyó. Al igual que Alexandra se movía también de forma extraña. Nos alegró a los cuatro ver aparecer la casa blanca y poder tumbarnos en la cuneta. La isla de hierba apenas se veía en la oscuridad del verano. En ese momento, la casa de miniatura estaba vacía: los cuatro conejos estaban tumbados fuera sin hacer nada. A menudo los animales no hacen nada. Víctor y Daina les asignaron enseguida nombres riéndose. Era evidente quién era el conejo color jengibre con papada, y también el negro y de los dos blancos, uno era un poquito más pequeño que el otro, así que tenía que ser Daina. El más grande se llamaba por supuesto Alexandra.

Víctor había desenroscado el tapón de la botella de aguardiente. Di el sorbo más grande que pude: el líquido ardía, destrozándome casi la pared del estómago.

—Quizás fuera también pretencioso por mi parte, occidental decadente, querer afirmar algo sobre la guerra y el territorialismo. —Todo lo que pensaba me salía por la boca más rápido que en otras ocasiones, tonta de mí, estaba invalidando en voz alta mis propias opiniones—.

—Tu planteamiento era: «El ser humano ha sido hecho para matar», —dijo Víctor, que tenía una memoria de elefante; ¡qué suerte para un escritor!—. Dijiste que si el ser humano no estuviera predispuesto para la guerra, ni siquiera conseguiría sobrevivir. De hecho, ahora mismo tendría que retarte a que mataras a uno de esos animales...

Alexandra le interrumpió al dar un chillido agudo. Daina empezó a reírse bajito y Víctor y yo prorrumpimos en una risa histérica al ver lo que pasaba: el conejo blanco grande, Alexandra, estaba encima de Mariet y daba sacudidas cortas con la parte inferior del cuerpo.

Ya no recuerdo quién empujó a Daina. O mejor dicho, tengo que ser lo más precisa posible, lo sé perfectamente, no fue Alexandra, fui yo. Fue un empujón amistoso, un empujón de los que se dan cuando te lo estás pasando bien, de los que los hombres se dan por camaradería. Pero Daina no era un hombre, era una mujer borracha y ofreció tan poca resistencia que se deslizó con el trasero por la cuneta resbaladiza, algo húmeda, hacia abajo, directa al canal lleno de lentejas acuáticas y nenúfares. Los conejos huyeron a su caseta y nosotros tres estábamos muertos de risa. Daina desapareció por completo bajo las lentejas acuáticas, del todo. Un momento después, volvió a salir. Su pelo rubio estaba cubierto de cosas verdes, era para troncharse de risa. Después me enteré de que sólo en Holanda, todos los niños aprenden a nadar a los seis años porque somos un país de agua. Daina volvió a hundirse. Víctor fue el primero en reaccionar y darse cuenta de que era grave.

—¡No sé nadar! —gritó en francés a la vez que se quitaba la camisa e intentaba hacer con ella una especie de cuerda de salvamento—. ¡Haced algo inmediatamente! Salté al canal y agarré a Daina por la nuca, como había aprendido a hacer cuando me saqué el diploma de natación treinta y cinco años atrás. Las personas que vivían en la casa blanca salieron apresuradamente y entre todos conseguimos sacar a Daina del agua. Le salía agua sucia de la boca. Todos apestábamos a barro y a mierda. Después pudimos ducharnos a fondo y lavarnos el pelo. Yo metí mi ropa en una bolsa de basura y la tiré, pero creo que el hedor del canal seguía saliendo del ataúd de Daina. Como Víctor, Alexandra y yo prestamos la misma declaración, no nos procesaron a ninguno de los tres. Fue un accidente.

En honor a Daina, leí durante su entierro en Tallinn el pasaje sobre la muerte de Zeno. «De su cuerpo salían lentamente charcos de sangre» Era la escena más plástica de *L'oeuvre au noir*. La primera vez que la leí, me quedé hecha polvo.

«Había caído la noche, pero no sabía si era en la habitación o en él mismo: todo era oscuridad. También la oscuridad se movía: las tinieblas negras se apartaban para dejar paso a otras, abismo tras abismo, sombra densa tras sombra densa. Pero esta oscuridad, distinta a la oscuridad que se aprecia con la vista, reverberaba en colores (...)»